

## Imitación del Maestro

Como no puedo estar siempre cerca del Maestro, porque es un gran viajero, tengo que hacer inventario, mientras practico sus movimientos, de lo que me queda para ayudarme en mi trabajo. Cuando hago mi inventario me doy cuenta de que lo que me queda son unos tipos especiales de recuerdo. Tengo el recuerdo de sus explicaciones y sus indicaciones orales, que incluyen —cierro los ojos y lo escucho clarito— las inflexiones de su voz, su risa, sus pausas e interjecciones. Tengo cuadernos llenos de notas tomadas en sus clases, y tengo sus libros llenos de tesoros para cuando aprenda a leer. Pero sobre todo, y esto es lo que define y al mismo tiempo transforma mi práctica, tengo el recuerdo de su movimiento.

El recuerdo de su movimiento se parece al recuerdo de sus palabras, y al mismo tiempo es muy diferente: es otra realidad.

Cuando empiezo a moverme, tengo presente el flujo y el ritmo de su movimiento. Me doy cuenta de un error; repito el movimiento una y otra vez (la repetición es madre de la memoria), entrando en el molde invisible de su movimiento, hasta que su andar, su paso y su gesto se hacen presentes en los míos. Entonces —y todo esto va pasando a lo largo de los años— la imitación de su movimiento se va convirtiendo en una participación en su movimiento: la frontera entre un movimiento suyo y mío se va desdibujando, porque en esta forma iniciática del recuerdo, resulta que de golpe hemos entrado en una dimensión temporal que es ajena al tiempo cotidiano, y la forma individual se desdibuja, y el movimiento se revela, y entiendo que era tan poco suyo como mío. El Maestro es la puerta bendita —me imagino esas puertas interestelares de la ciencia ficción, o como un pozo mágico que da acceso a otro mundo—, y nosotros tenemos acceso a través de él a un movimiento cuyo origen es un misterio primordial; no se puede sondear con la razón.

En la antigüedad clásica se hablaba de esta participación como *mímesis*, un tipo de “imitación” muy especial, y se consideraba que era el fundamento del arte, porque así como el arte se relaciona con la realidad por esa “imitación-participativa”, así mismo el mundo, nuestra “realidad”, se relaciona con la Realidad divina, el mundo de los arquetipos. Cuando imito el movimiento de mi Maestro, no solo participo en él, sino que lo hago presente, lo re-presento; de una manera muy palpable lo hago realidad. Está aquí ahora.

El poderoso símbolo cristiano de la comunión es otra expresión del mismo proceso: entre cada maestro verdadero y cada discípulo verdadero hay una comunión tan íntima que encuentra su expresión ideal en el compartir sangre y cuerpo. Así como cada misa es una especie de canto-danza litúrgica entre el altar y los fieles, cada vez que practico el movimiento se establece una liturgia interior entre mi corazón, donde todo está claro y sereno porque hay contacto directo con la realidad del Maestro, y el resto de mí, que es como un gentío diverso y mudable, aunque todos están mirando hacia el altar.

Cada misa, como cada ocasión de mi práctica del arte, es propiamente lo que se llama una “eucaristía”, es decir una acción de gracias. A veces la sensación de gratitud hacia el Maestro es desbordante y sube del pecho hasta la boca como una fuente; y otras, muchas veces, el mismo silencio interior del movimiento es como una eco resonante: “¡Gracias! ¡Gracias por tantas gracias que aquí están llenas de vida!”.

Gracias por gracias mayores: corresponder con gracias por las gracias recibidas; todo en la sobreabundancia, la generosidad solar y el desprendimiento jovial de la enseñanza y la disciplina. Esto es en suma la imitación-recuerdo del Maestro; la acción del Kung Fu es siempre acción de gracias.

Juan Acevedo  
Cambridge, 31 de octubre de 2017.